

" EL ANGLOANTILLANO Y LA NACION PANAMEÑA "

Pedro Salazar Chambers,
estudiante panameño del 5° Año de
Historia y Geografía.

Introducción

Ofrecemos este trabajo para los que no nos han comprendido. Muchos viajeros, a su paso por la República de Panamá, vuelven a sus tierras con una idea confusa sobre el sentido y realidad de nuestro pueblo. Y la verdad es que nuestro pueblo se presenta confuso y contradictorio al visitante superficial. Dos ciudades, Panamá y Colón, se alzan como representantes culturales de un país que presenta facetas interiores variadas y que, en la mayoría de los casos, no se conocen.

La historia de Panamá es fascinante y aleccionadora para aquellos que la miran con ojos objetivos y sin prejuicios hispánicos o seudo nacionalistas. A partir de la primera mitad del siglo XIX, nuestros caminos se diferencian de los del resto de la América Latina y ya no es posible ubicarnos en un concierto armónico de formación histórica común. Y nos ha tocado un camino duro y lleno de obstáculos. Nuestra lucha por la nacionalidad y la conservación espiritual reviste caracteres de verdadera tragedia. Por un lado, nuestra unión a la Gran Colombia, intento fracasado de solucionar nuestros más vitales problemas, nos obliga a dar marcha atrás para buscar un nuevo y más prometedor camino. Eso significó tiempo y energías históricas perdidas y un colocarnos en segundo lugar entre el proceso evolutivo latinoamericano.

Por el otro lado, nuestro choque cultural y político-económico con la expansión norteamericana ha mermado muchas de nuestras posibilidades. Un pueblo débil económicamente y, por ende, culturalmente, ha tenido que enfrentarse con una de las culturas más poderosas de la humanidad y con un sistema

económico que no se caracteriza precisamente por su humanismo. La lucha ha sido sin cuartel y nosotros hemos sido los perdedores. . . Por ahora. El panameño ha creado lo que Carlos I. Zúñiga, uno de nuestros destacados jóvenes, ha llamado "anticuerpos de defensa nacional", y se resiste a ser absorbido culturalmente. Pero ese esfuerzo ha sido agotador y se refleja en nuestra fisonomía actual. Tenemos esperanzas en nuestras generaciones jóvenes y seguimos luchando. Muchas veces da la sensación de esterilidad, pero en el fondo se están moviendo fuerzas superiores a nosotros y que, en cierto sentido, se proyectan en un plano internacional y afectan a todos nuestros pueblos.

En este trabajo se pretende analizar esquemáticamente a una minoría nacional de Panamá. Es un resumen ligero de una realidad que confunde a los no panameños y a muchos de nosotros. El Angloantillano es una minoría compleja y difícil de abordar. Mal puede un artículo, trazado con métodos subjetivos y deficiente observación en terreno, dar las bases definitivas de su existencia y lograr una descripción medianamente acertada. Pero nuestra intención es sincera y, ante toda, panameña.

Esta preocupación por lo nuestro alcanza una expresión concreta. Destacados jóvenes de la intelectualidad panameña se esfuerzan por lograr el sentido y proyección de una cultura que se asienta. Ricaurte Soler, Moisés Chong e Isafas García son unos cuantos. Y el panorama se ensancha con otros nombres a los cuales habría que añadir los esfuerzos de la vieja generación que todavía aporta culturalmente. De tal suerte, nos es fácil aventurar la expresión de Arturo V. Du Barry, otro panameño brillante, "lo panameño es cosa definida y existente, lo que falta es buscarlo y entenderlo".

I.

La inmigración antillana al Istmo de Panamá está relacionada con tres hechos históricos que se entrecruzan como factores determinantes en la formación de nuestra nacionalidad, a saber:

1. La construcción del Ferrocarril de Panamá alrededor del año 1850.

2. El fracasado intento francés de construir un canal interoceánico, y,

3. La intervención norteamericana que con ingentes capitales y una sólida iniciativa técnica logra lo que parecía estar contra las posibilidades humanas: la construcción definitiva del Canal de Panamá.

A raíz de la construcción del Ferrocarril de Panamá llega la primera ola de inmigrantes de todas partes del mundo y de variadas denominaciones étnicas. No obstante, el rigor de nuestro clima y las condiciones insalubres obstaculizaron el amoldamiento definitivo de estos hombres. Los chinos, lejos de su tierra y del opio, sienten muy pronto la nostalgia y buscan el suicidio como solución a su trágica existencia. Rodolfo Aguilera en sus "Cincuenta Millas de Heroicidad", un hermoso documento literario, nos pinta, entre otras cosas, este sombrío aspecto.

El hombre blanco tampoco resiste. O bien muere aniquilado por la feroz fiebre o tiene que volverse a su tierra para evitar el ser tragado por el Istmo. Es el caso de los irlandeses, italianos, etc., que llegan a Panamá en busca de un futuro que no se cristalizará.

Ya en la segunda ola de inmigración conectada con el fracasado canal francés, la gran masa la constituyen el negro de Jamaica que llega en busca de solución a sus problemas económicos y de una fortuna para asegurar su vejez en las Antillas. George Westerman nos dice en un excelente ensayo: "El reclutamiento de los obreros antillanos comenzó en 1882, suministrando otra vez Jamaica la mayor parte de ellos. En Mayo de 1884, las nóminas de pago contenían más de 19.000, aproximadamente el mayor número empleado en cualquier tiempo durante la administración francesa".

El ruidoso fracaso del Canal Francés trae como consecuencia inmediata el abandono de los Antillanos que sólo por la intervención del gobierno de Jamaica pueden volver a sus hogares.

Cuando los Estados Unidos se enfrentan con la construcción del Canal de Panamá, solucionan el problema de la mano con la tráfida del negro antillano, de fuerte complejión física, habituado al trabajo en los trópicos y resistente a las penalidades del Istmo.

Al terminar las obras, muchos negros antillanos vuelven a sus tierras. Otros, un gran número, permanecen en la tierra que esperan amar y se radican en las ciudades terminales de Panamá, en la costa Pacífica y Colón en el Atlántico.

II.

Toda nación, con un fuerte coeficiente cultural, bien dotado, con características económicas definidas, tiende a absorber cualquier minoría accidental que se le presente. Es el caso de los Estados Unidos que cohesiona y da unidad a su gran población. Una estructura económica fuerte y autónoma y un sistema social equilibrado, constituyen una especie de esponja que absorbe cualquier aporte y resulta enriquecido.

El caso de nuestros países latinoamericanos, "invertebrados" como los llamó alguien, con una cultura que solo hoy tiende a definirse y vitalizarse, y con una economía débil y víctima de la expansión imperialista, no pueden, digo mal, no podían absorber aportes de minorías accidentales.

El caso de Panamá a principios de siglo no es ni mucho menos eso. Población analfabeta, condiciones higiénicas deleznable y una economía nula que cuando comienza a germinar va a servir a los intereses del constructor del Canal.

El negro antillano frente a esta realidad, no se escapa ni busca la solución del suicidio. Se amolda a ella y lucha. Y en este proceso se interioriza y se aparta hasta constituirse en un verdadero problema social para nuestra ingenua población y para nuestros no menos ingenuos gobiernos.

El "chombo" (denominación despectiva), nace de una situación que de hecho tiene que aceptar: viviendas "callampas" y cuartos oscuros donde se hacían en espantosa promiscuidad familias enteras, sectores urbanos de características humanas ínfimas y, lo más grave, condiciones de trabajo miserables en la Zona del Canal. Se implantan sistemas de discriminación sureñas y los panameños, como todos los pueblos en formación, culpan

de su inestable situación a esta minoría que se presenta como competidora en la dura lucha por la existencia. Y eso que la clasificación de "Gold and Silver", blancos y negros, también fueron hechas para nosotros, pueblo bien teñido y mezclado desde la colonia.

De esta manera y en un principio, el antillano no es bien mirado en Panamá. Se le considera inferior e incapaz de adaptarse a la "tierra maravillosa" que el Libertador Bolívar destinase como capital de un nuevo mundo. ¡Cuan falso, romántico y pretencioso suena todo eso frente a una realidad distinta!

El negro antillano, los primeros, aceptan el reto social de los panameños y viven. Viven y luchan. Por un lado, contra las duras condiciones de trabajo que se le imponen; por el otro, tratando de comprender inútilmente a este pueblo que no los quiere y que los llama despectivamente "chombos".

III.

A su llegada al Istmo de Panamá, el anglo-antillano trae una herencia espiritual y física de su tierra. Elementos definidores de su cultura son un idioma inglés adoptado y transformado a sus necesidades; emociones y actitudes nuevas, algunas buenas, otras negativas. En suma, una conformación cultural que no se puede estimar de inferior frente a lo que había acuñado el panameño nativo. El negro antillano no siente la necesidad de evolucionar hacia lo "panameño"; lo compara con lo suyo y lo siente inferior. En muchos casos, opta por imitar algunos aspectos de la vida cotidiana del norteamericano zona en un sentido realmente no dañino a su coherencia de grupo. Pronto lo veremos interpretar y danzar el Jazz, por lo demás expresión de su raza, ingerir "coca colas" y vestir a la moda del americano del norte. Pero nos preguntamos, no adoptan muchos panameños la misma actitud? Nuestra capa dominante en la ciudad capital y en muchas regiones de nuestro campo se caracteriza por el uso intensivo de algunos patrones culturales norteamericanos y en general, este es un fenómeno que se observa en muchas partes de nuestra América. Constituye lo que los portorriqueños llaman "pitiyanquismo".

El negro antillano no era inferior al paname-

ño nativo en ningún sentido. Por lo tanto, parten de supuestos falsos muchas de las nociones primarias que alimentan una actitud despectiva para con ellos. Westerman, antes mencionado, nos cita un periódico panameño que en el año 1924 entre otras cosas, publica lo siguiente:

"Los antillanos, que infestan nuestras ciudades terminales, bajan nuestro nivel de vida y con sus costumbres extrañas dan a Panamá, Colón y Bocas del Toro la apariencia de villas africanas, constituyen uno de los más graves problemas que nuestro país debe resolver".

Así pensaban muchos panameños en el año 1924 y todavía nos queda la herencia cultural de sus actitudes.

IV.

Casi todos nuestros gobiernos - por no decir todos -, se han caracterizado por su escaso sentido nacional, debiéndose esto a una formación defectuosa del Estado y una cultura la mayor de las veces frustrada por nacer en un medio que no la propicia.

Casi todos nuestros gobiernos - por no decir todos -, no han estructurado una economía propia basada en postulados valientes y han confundido sus intereses de clase dominante con una actitud servil frente a la creciente expansión extranjera.

Casi todos nuestros gobiernos - por no decir todos -, han enfocado los problemas inmediatos y de poca envergadura y han dejado a un lado lo que José I. Fábrega llama "lo paciente, silencioso y sustantivo, que proporciona redención a nuestros hombres panameños".

Casi todos nuestros gobiernos - por no decir todos -, y también muchos de nosotros, hemos confundido el sentido de nación con las expresiones de la vida capitalina y hemos abandonado la esencia de lo panameño que se esconde en el campo y la ciudad provinciana, abandonado a su propia suerte.

De tal forma, aquella "unidad de espíritu" que caracteriza a la nación que definió Ernesto Renán no se ha hecho realidad en muchos panameños, y aquellos que creen sentir a

la nación, no lo hacen auténticamente, sino que confunden a la nación con sus comodidades y la vida placentera y sin luchas. Pero esa es una concepción clasista de nación y no la compartimos porque creemos que una nación no sólo está formada por clases dominantes. Hay otros elementos, muy importantes, y que también la definen.

V.

En los términos actuales, el problema del angloantillano en Panamá se reduce a una cuestión de tiempo. La primera generación que arribó al Istmo en aquellas olas migratorias de principio de siglo, está fuera de lente para nuestros efectos. Para ellos, Panamá no representó más que la selva tenebrosa que los azotó física y espiritualmente. Sus descendientes, desamparados y parias, continuaron en la atmósfera cultural heredada de sus padres. Ni convivieron con el nativo ni crearon un amoldamiento definitivo. Sus esperanzas se centraron en la idea de volver a las Antillas o morir como antillanos. Fundaron sus escuelas propias y practicaron sus cultos con la misma tónica de antaño. Sus sólidas cooperativas fueron un refugio material donde acrecentaron su coherencia de grupo.

La tercera y cuarta generación, forzando estos términos a nuestra comodidad, ya experimentan una ligera transformación. La Gran Guerra y las crisis post-canaleras obligan al angloantillano a buscar refugio espiritual en Panamá. Por una parte, se esfuman las posibilidades de volver al viejo hogar y, por otra, el pueblo panameño, en un proceso lento, pero seguro, comienza a sentir la necesidad de acomodar a este nuevo núcleo. No olvidemos que ya la República es un hecho histórico consumado y nuestra nacionalidad comienza a percibirse.

En la década del 30 el angloantillano comparte con el negro panameño las penurias del trabajo canalero. Los sistemas de discriminación se imponen tanto al uno como al otro. Las barracas del "Silver City" (ciudad de plata, de negros) son compartidas por antillanos y panameños.

En un principio, el panameño trata de inculpar de su situación al "chombo", pero al final comprende que ambos son víctimas de un sistema que existe independientemente a ellos.

En la década del 40 y con la segunda "Gran Guerra" se perfila un fenómeno social que se manifestaba antes en forma muy aislada. Los niños angloantillanos, panameños de nacimiento, principian a mezclarse con el nativo. Asisten a nuestras escuelas y tratan de comprendernos. Por su parte, el panameño experimenta simpatía mesurada y los acepta parcialmente. Un brote de fascismo durante el año de 1941, común en toda América, pretende destruir esta realidad. Pero la dinámica social está sólidamente encaminada y con una promesa de solución que los años ofrecen.

Hoy observamos a Panamá y recorremos sus suburbios. Detrás de la miseria y la angustia reinante, existe una unidad y coherencia espiritual. El "chombo", nos atrevemos a afirmar, es una realidad del pasado.

Nuestro pueblo convive y lucha bastante aperejado. La evolución política incorpora, demagógicamente a veces, al angloantillano al proceso.

Hoy casi todos son bilingües. Emplean el inglés para su trato con el americano y todavía entre ellos mismos; el castellano es su elemento de difusión entre el panameño. La mezcla étnica se percibe y nuestra mujer se siente atraída por este hombre honrado, sufrido y trabajador.

El cuadro no es completo todavía y en muchos sentidos no avanza. Pero estamos seguros de que este proceso de asimilación existe y que sigue sus leyes propias. Dada las condiciones de la nación panameña, no es posible hablar de soluciones definitivas sin que pasen algunos lustros más. Para apurarlo, necesitamos estructurar nuevas bases económicas, cambios políticos profundos y cultura resultante de una educación basada en las dos premisas anteriores.

Conclusión

Por ende, el angloantillano forma parte de la nación panameña. La siente y hace esfuerzos dramáticos por sentir-la aún más. Constituye al lado de las unidades campesinas de "men-

te opaca", del indígena que arrastra su vieja cultura y del hombre de ciudad que no disfruta de presente, los cimientos reales sobre los cuales descansa lo panameño.

Si entendemos por nación lo ya adquirido y vivido, ningún pueblo es nación, aunque a muchos moleste esta afirmación. La nación se logra y se conquista y su definición es un constante devenir.

Es decir, actualmente, y a pesar de nuestra deficiente formación social y las taras culturales que nos agobian, Panamá pretende ser una nación, y si no lo es completamente, está bastante cerca de lograrlo. Los años por venir y la actuación de esta generación nos dirán la última palabra.

Bibliografía y referencias

Damos las gracias al Prof. César A. De León, por sus sugestivas indicaciones para tratar este tema. A nuestro colega y amigo Arturo V. Du Barry debemos muchas de las ideas esbozadas. Nuestro agradecimiento.

Recomendamos para profundizar el tema el hermoso trabajo del sociólogo panameño George Westerman "Un grupo minoritario en Panamá", publicado en Panamá en el año 1950 y la conferencia dictada por José I. Fábrega "¿Es Panamá una Nación?", publicada por la revista "Loterfa" de Panamá en su número 14, Enero de 1957.